

“En todo creyente puede haber siempre un agnóstico”

Francesc Torralba, autor de “Benaurances per a agnòstics” (Fragmenta)

CARME MUNTÉ
MARGALEF

Dos amigos de infancia, Francesc y Guillem, se reencuentran en la edad adulta y mantienen un diálogo epistolar alrededor de los grandes principios de la propuesta cristiana y, en concreto, el texto de la Bienaventuranzas. Francesc es creyente y Guillem es agnóstico, y a través de este diálogo ficticio logran convertirse en una comunidad de aprendizaje espiritual. Esta es la nueva propuesta editorial del filósofo y teólogo Francesc Torralba: *Benaurances per a agnòstics* (Fragmenta Editorial).

Ambos personajes, el creyente y el agnóstico, ¿son el alter ego de Francesc Torralba?

En todo creyente puede haber siempre un agnóstico que hace preguntas y que plantea dudas alrededor de las propias convicciones. El creyente maduro y adulto es el que no hace trampa, es decir, el que no ahoga las dudas (con respecto al más allá, la muerte, Dios, la vida eterna...) sino que permite que salgan, las escucha e intenta responderlas. Literariamente lo hago a través de dos personajes: uno es mi alter ego y por esto lo he llamado Francesc, para que no haya duda, y el otro, que recibe el nombre ficticio de Guillem, es esa persona que importuna, ese despertador de preguntas.

¿Cuesta cada vez más encontrar el diálogo creyente-agnóstico?

Cada vez más, porque tendemos a atrincherarnos y a encerrarnos con aquellos que piensan, creen y son como nosotros. Configuramos círculos

Francesc Torralba es doctor en Filosofía, Teología, Pedagogía e Historia.

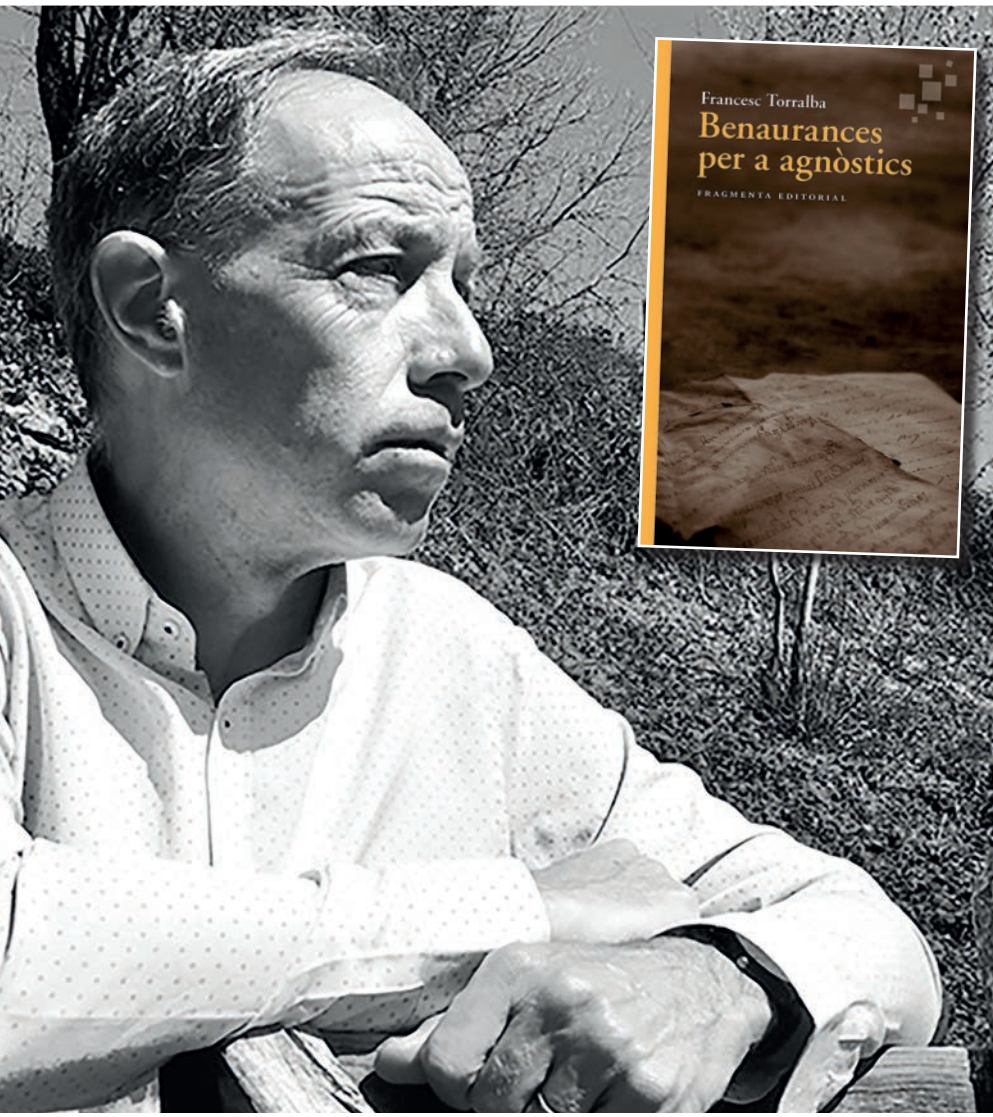
cerrados o burbujas separadas unas de otras. Lo más interesante es crear un campo de intersección donde encontrarnos, escucharnos e intentar explicar lo que creemos. En cuanto a las características de este diálogo, hay que evitar tanto el paternalismo como la arrogancia. El papa Francisco dice que no tenemos que tratar al otro como un territorio a conquistar, o como un objeto a poseer, sino como un interlocutor válido del cual podemos escuchar y aprender. Podemos aprender de los ateos y de los agnósticos, y ellos pueden aprender de nosotros, y esto es una comunidad de aprendizaje espiritual.

¿Las burbujas y los círculos cerrados también se dan en el ámbito universitario?

Por desgracia observo que también en el ámbito universitario hay burbujas cerradas. Por ejemplo, las universidades católicas, pontificias o de inspiración cristiana acostumbran a invitar a profesores, doctores, investigadores, conferenciantes y escrito-



“La experiencia que ahora estoy viviendo me lleva a decir que es muy difícil encontrar palabras de consuelo”



res etiquetados como católicos. Esto rompe el espíritu de la universidad, que tendría que ser un cenáculo y un claustro donde pudiese tener lugar un diálogo abierto entre personas que no compartimos los mismos criterios. Esto Benedicto XVI lo tenía muy claro, pero él también sufrió la experiencia de ser rechazado en la Universidad de la Sapienza. Es una derrota del pensamiento cuando no se deja hablar a alguien en una universidad porque tiene una ideología determinada.

Encontrar un consenso entre agnósticos y creyentes sobre la felicidad con las Bienaventuranzas como punto de reflexión. ¿Es este el objetivo del libro?

Sí. El centro de gravedad es la felicidad. Como dice Aristóteles, “todo ser humano, por naturaleza, desea ser feliz”. Mi alter ego, Francesc, ve en las bienaventuranzas un programa de felicidad que emana del Evangelio pero que ciertamente es difícil: debes perdonar, debes amar, debes ser pobre, debes ser austero..., mientras que el

otro personaje, Guillem, prefiere otros caminos de felicidad más prosaicos. Por otro lado, se da una constatación muy interesante: en el cristianismo la felicidad perfecta no existe en este mundo. Ahora bien, los cristianos tenemos la esperanza de la felicidad plena en la otra vida. En este sentido, el Evangelio es un tensor que tira de mí y que me obliga a saltar cada vez más alto.

¿Cómo resuena en ti, que estás en un proceso de duelo por la muerte de tu hijo Oriol, la segunda bienaventuranza: “Bienaventurados los que lloran: Dios los consolará”?

Debo decir que los hombres en particular somos muy amputados emocionalmente, lloramos a puerta cerrada o corriendo por los bosques, no lloramos ante los demás, y cuando lo hacemos a veces nos etiquetan de débiles y flojos. En cambio, el Evangelio nos dice bienaventurados los que lloran, por tanto, los que expresan lo que sienten. Jesús lloró, se desesperó, esto para mí es muy importante, porque lo

hace muy genuinamente humano. Es un grito de desesperación que puede compartir cualquier ser humano en un determinado momento de su vida. Esta experiencia también forma parte de la fe: tanto la experiencia del abandono como la experiencia de abandonarse en Dios.

¿Por qué has querido hablar abiertamente de la trágica experiencia de la muerte de tu hijo?

En primer lugar, porque a mí me va bien verbalizarlo. En segundo lugar, porque he visto que puedo ayudar a muchas personas a ver que una experiencia de este tipo se puede asumir y que es posible mantener la serenidad. Y, en tercer lugar, porque del mismo modo que en muchos aspectos personales no he tabuizado ni he censurado, en este caso tampoco lo tenía que hacer. Yo, que me he cansado de decir que la muerte no puede ser un tabú, debo cumplir con el ejemplo.

Lo has hecho en al menos dos libros: *Plantar cara a la mort* y *Palabras de consuelo*. ¿Modificarías o ampliarías algunas de las reflexiones que formulas en ellos? De hecho, estás trabajando en un nuevo libro.

Terapéuticamente siempre me ha ido muy bien escribir, pero no tengo prisa por hacer este nuevo libro sobre el duelo. En cuanto a los dos libros anteriores, algunas cosas sí las cambiaría, porque ahora lo vivo en primera persona. Es muy diferente ver la casa desde fuera que desde dentro. Cuando escribí *Palabras de consuelo* había perdido a seres queridos, por ejemplo, a mi padre, pero la experiencia que ahora estoy viviendo me lleva a decir que es muy difícil encontrar palabras de consuelo. Hoy lo titularía de otra manera. Lo que experimento es el límite del lenguaje, esta es la cuestión.

En el libro *Palabras de consuelo* abordabas la dificultad que tenemos tanto de dar consuelo como de recibirlo. ¿Cómo lo experimentas en propia persona?

No es fácil, cada uno encuentra su consuelo. Siempre digo que la fe es un antídoto a la desesperación, pero también es verdad que la fe, ante una experiencia límite, siempre se pone a prueba. Pero es justamente en el momento en el que se pone a prueba cuando experimentas si lo que crees es de verdad o no. Para mí la fe es una tabla de salvación, como también lo son la comunidad, los demás, los textos que leo, el Evangelio, los Salmos... ■